

Petiso

José Alejandro Mendoza Patiño

Adivina quién llegó, decía mi madre mientras dibujaba en aquella hoja blanca. Con felicidad, salía del cuarto a gran velocidad a esperar impacientemente, “la señal.” Entraba a la casa, ponía su maletín y papeles sobre la mesa del comedor. Giraba su cuerpo con dirección hacia mí y sus ojos miraban con emoción ¡La señal estaba próxima a venir! Agachaba su cuerpo y de sus finos labios salían las palabras ¡Torito! ¡Torito! ¡Torito!

Salía corriendo hacia él, saltaba a sus brazos y recibía un fuerte y cariñoso beso. ¡Hola papi! le decía, mientras recostaba mi cabeza sobre su hombro. Y él respondía, ¡Hola petiso! mientras me daba otro beso. Me abrazaba fuertemente y me bajaba cuidadosamente al piso.

Regresaba al cuarto a seguir haciendo mi dibujo.

Al terminarlo, mi madre me pasaba uno de los pijamas de pantalón y mangas largas, que mi abuela solía hacernos con tanto amor. Me cepillaba los dientes y estaba listo para entrar el dormitorio.

Mi hermano, que se había acostado hacía media hora, estaba con mi padre a su lado. Esperaban por nosotros para acostarnos en mi cama.

Mi madre por lo general era la que empezaba. Entre mi padre y ella nos ayudaban a seguir la oración que cada uno decía por verso.

Madre: Padre nuestro que estás en el cielo

Padre: santificado sea tu nombre

Yo: venga a nosotros tu reino

Hermanito: hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.... seguíamos de esta manera hasta que terminábamos la oración.

Al terminar la oración, ya sabía que estaba por venir, como toda las noches. Me predisponía para ello. “El punto blanco.”

Mi padre decía:

Cierren sus ojos... ahora vayan relajando cada parte de su cuerpo. Primero empiecen por la cabeza... sus cejas... sus ojos... la nariz... la boca. Luego bajen por el cuello y el tronco, relajen los brazos... las manos... hasta sus dedos; sigan con las piernas... después con los pies y finalmente los dedos del pie. Dejen su cuerpo totalmente relajado.

Ahora imaginen y pongan su mente en negro... no pueden ver ni sentir nada; solo pueden escuchar el sonido de mi voz. De un momento a otro, empiezan a ver un punto blanco muy pequeño en el fondo, que va creciendo y acercando cada vez más. Finalmente el punto blanco invade toda su visión y ustedes están dentro de él. Empiezan a ver un mundo verde rodeado de flores y paisajes hermosos. Un mundo donde solo existe la paz y tranquilidad. Estábamos con El.